

tros los dignos de lástima, sino él, que es pobre y miserable en su riqueza, puesto que se halla abandonado en su espantoso aislamiento: ni un solo corazón late cerca del suyo, ni una sola alma se abre para recibir sus dolores. Venid, padre mío, dejad conmigo esta casa; démonos prisa en alejarnos á fin de que este hombre horrible no se goce en vuestro sufrimiento”

Vertua cayó sin movimiento en una silla. Angela se arrodilló ante él, y tomando sus manos, besándolas y estrechándolas entre las suyas, le enumeró con ligereza infantil todos los talentos, todos los conocimientos que podía poner en juego para procurarle una existencia cómoda, y le conjuraba llorando á que no se abandonase á la desesperación, asegurando que ella sería dichosa desde el día en que debiese bordar, coser ó cantar, no ya por divertirse, sino en favor de su padre.

¿Dónde está el sér endurecido que hubiese podido conservar su sangre fría á la vista de aquella joven en todo el brillo de su belleza celestial, hablando con voz tan dulce y prodigando al anciano todos los tesoros del más puro amor y de la piedad filial?

El caballero experimentó en este momento las torturas de la conciencia. Angela se le representó como un ángel vengador cuya mirada disipaba las nubes de la locura y del crimen, y se vió entonces á sí mismo en toda su indignidad.

No había amado hasta entonces. Desde el momento en que percibió á Angela sintióse subyugado á la vez por el amor más violento y por un dolor sin esperanza, pues no osaba esperar lo más mínimo cuando se comparaba con esta niña sin mancha, con esta niña encantadora. Quiso hablar y no pudo proferir una palabra: su lengua parecía paralizada. Al cabo juntó sus fuerzas y murmuró con voz temblorosa: “Oíd Sr. Vertua, nada os he ganado, absolutamente nada: he aquí mi arquilla: os pertenece y aun debo más; soy vuestro deudor: tomadla, tomadla!”

—¡ Oh hija mía! exclamó Vertua.

Angela se levantó y adelantó hacia el caballero, y, midiéndole orgullosamente con la vista, le dijo: “Sabed que hay algo que vale más que el dinero de la fortuna, y son los sentimientos de que vos carecéis y que nos proporcionan celestiales consuelos. Yo

rechazo con desprecio vuestros presentes y vuestra generosidad: guardad ese oro, á que va unida la maldición que os persigue, hombre sin alma, jugador desenfrenado.

—Sí, exclamó el caballero, fuera de sí, quiero ser maldito y arrojado á las profundidades del infierno si esta mano vuelve á tocar nunca una carta; y si me rechazáis lejos de vos, seréis vos quien para siempre ocasioné mi pérdida. ¡Oh! no lo comprendéis; me miráis como á un insensato; pero todo lo conoceréis y todo lo sabréis cuando venga á levantarme la tapa de los sesos á vuestros piés. Angela, aquí se juega la vida ó la muerte. Adiós.

El caballero se precipitó fuera de la estancia con todas las señales de la desesperación. Vertua adivinó su estado; se acordó de lo que le había sucedido á él mismo, y procuró hacer entender á Angela que podía haber circunstancias que la obligasen á aceptar el presente del caballero. Angela se estremeció á esta idea; imaginábase que nunca podría ver á Ménars sin desprecio; pero la suerte que cambia los pensamientos humanos, trajo un resultado que nadie esperaba.

El caballero se halló de repente como despierto de un sueño espantoso: vióse á la orilla del abismo, y tendió sus brazos hacia la luz celestial que se le aparecía.

CAPITULO CUARTO.

Con asombro de todo París, desapareció la banca del caballero de Ménars; él mismo dejó de mostrarse, y tal acontecimiento dió lugar á los rumores más extraños y absurdos. El caballero huía de toda reunión y manifestaba su amor por medio del dolor más profundo. Un día el anciano Vertua, acompañado de su hija, hallóle en una de las avenidas solitarias de Malmaison. Angela que creía no poder contemplar al caballero sin un movimiento de horror y desprecio, sintióse vivamente conmovida al verle frente á ella, pálido como la muerte, tembloroso, desfallecido y osando apenas alzar los ojos. Angela sabía que desde la noche si-

niestra en que se le había aparecido por la primera vez, había adoptado un género de vida muy diverso: ella sola había operado este cambio; ella sola había desviado al caballero de sus funestas inclinaciones. ¿Se necesitaba más para lisonjear la vanidad de una mujer? Cuando Vertua hubo cambiado con el caballero algunas palabras de política, Angela le dijo en un tono de voz dulce y benévolo: “¿Qué tenéis, caballero Ménars? Parecéis enfermo y deberíais cuidaros.” Estas palabras penetraron como un rayo de esperanza en el corazón del caballero; levantó la cabeza y volvió á hallar en su emoción aquel lenguaje seductor que otras veces le conquistaba todos los corazones. Vertua le recordó que debía ir á tomar posesión de su casa.

—¡Oh señor Vertua! contestó el caballero, iré mañana á vuestra casa; pero permitidme que tratemos cuidadosamente nuestros asuntos, aun cuando la obra deba durar algunos meses.

—Sea así, dijo Vertua: podremos con el tiempo hablar de varias cosas en las que hoy no nos es permitido pensar todavía.

El caballero, reanimado por la esperanza,

recobró la amabilidad natural que había perdido en el torbellino de su vida de jugador. Sus visitas á casa de Vertua fueron siendo más frecuentes cada vez, y Angela aparecía más y más dispuesta á escuchar á aquel que la llamaba su ángel salvador. Al cabo creyó amarle completamente, y le prometió casarse con él, con gran júbilo de Vertua, que recobraba de este modo su fortuna perdida.

Angela, novia dichosa del caballero de Ménars, estaba un día sentada á su ventana y absorta en los sueños de la nueva existencia que se abría á sus ojos: un regimiento de cazadores que salía para España pasó por la calle, al sonido de las cornetas. Angela miró con interés á aquellos hombres destinados acaso á morir en la guerra. Un oficial joven, sacó bruscamente su caballo de las filas, levantó sus ojos hacia Angela, y ésta cayó desvanecida.

Este joven que marchaba hacia la muerte, era el hijo de uno de sus vecinos llamado Duvernet, que había crecido con Angela, que venía todos los días á verla, y cuyas visitas cesaron tan luego como el caballero comenzó las suyas. En las miradas dolorosas

del joven, Angela reconoció, no sólo cuánto la había amado este infeliz, sino cuánto le amaba ella misma sin saberlo, y dejándose cegar por el prestigio del espíritu y de las palabras del caballero. Entonces comprendió por la primera vez los profundos suspiros de Duvernet; sus adoraciones modestas y silenciosas; entonces supo por qué se sentía tan vivamente conmovida y turbada cuando Duvernet venía á verla y cuando oía el metal de su voz.

“Es demasiado tarde, se dijo; es ya perdido para mí.” Tuvo el valor de combatir el sentimiento que la atormentaba y de fingir las apariencias de la tranquilidad. Sin embargo, la mirada penetrante del caballero entrevió la agitación de la joven. Tuvo la delicadeza de no querer penetrar un secreto que ella creía deber ocultarle, y se contentó con apresurar el casamiento, cuyos preparativos hizo con un tacto y una liberalidad tales, que no podían dejar de conmover el ánimo de su desposada.

El caballero atestiguó á Angela la más viva ternura, la estimación más franca y el mayor empeño de satisfacer todos sus deseos. Poco á poco Angela debió pensar menos

frecuentemente en Duvernet. La primera nube que obscureció la existencia apacible de ambos esposos, fué la enfermedad y muerte del anciano Vertua.

Desde la noche en que había perdido toda su fortuna en la banca del caballero, no había vuelto á coger las cartas; pero en los últimos momentos de su vida, el juego pareció volver á tomar posesión de su alma. Mientras el sacerdote le ofrecía los consuetos de la religión, murmuraba él entre dientes, con los ojos cerrados: “¡ Pierde! ¡ gana!” y agitaba sus manos temblorosas y enfriadas ya por la muerte, como para tallar y mezclar las cartas. En vano Angela y el caballero, inclinados sobre él, le dirigían las palabras más tiernas: había cesado de verlos y de conocerlos. Lanzó un fuerte suspiro y murió exclamando: “¡ Gana!”

En medio de su dolor profundo, Angela experimentó un secreto terror pensando en las últimas emociones del anciano. Recordó la noche horrible en que el caballero se le había aparecido con la inflexibilidad del más endurecido jugador, y se estremeció temiendo que un día arrojase su máscara de ángel para volver á su antigua vida y á

su infernal figura. Estos presentimientos no eran sino muy fundados.

Por mucho terror que el caballero hubiese experimentado viendo al anciano Vertua rechazar en sus últimos momentos las pías palabras de la Iglesia para no pensar sino en su funesta pasión, él mismo se sintió muy luego seducido más que nunca por el juego, y todas las noches soñaba que se veía sentado á su banca, y acumulando nuevas riquezas.

Al mismo tiempo que Angela, entristecida por el recuerdo de los antiguos extravíos del caballero, perdía poco á poco la confianza que anteriormente le había atestiguado, él, por su parte, experimentaba negras sospechas y atribuía la reserva inusitada de su esposa al secreto que ésta le había ocultado. Semejante desconfianza recíproca, engendró en ambas partes un malestar y un descontento que se manifestaron por medio de palabras desagradables, que hirieron á Angela. Esta sintió reanimarse entonces en su corazón la imagen del desgraciado Duvernet y todos los pensamientos cuyo encanto había conocido ella en la juventud. El desacuerdo de ambos esposos cada día

se aumentaba, y por esta causa el caballero vino á hallar su vida tan fatigosa, que de nuevo volvió sus miradas hacia el mundo. Un hombre acabó de dar nuevo impulso á su espíritu: era uno de sus antiguos compañeros de juego, que sin cesar se burlaba de la existencia obscura que había adoptado el caballero y de la resignación con que éste había abandonado por una mujer, la más brillante sociedad.

Algún tiempo después, la banca del caballero Ménars, reapareció más brillante que nunca: la fortuna no había abandonado en lo más mínimo á su favorito. Todos los días enumeraba nuevas víctimas y acumulaba nuevos tesoros. Pero la dicha de Angela había pasado como un rápido sueño; el caballero la trataba con fría indiferencia y algunas veces hasta con positivo menosprecio. Con frecuencia pasaba Angela semanas y aun meses enteros sin verle. Un antiguo intendente se ocupaba de los negocios de la casa; los criados se cambiaban según el capricho del caballero, y Angela, extranjera en su propio hogar, no hallaba consuelo alguno. Muchas veces, en sus noches sin sueño, oía el coche del ca-

ballero detenerse frente á la casa, y el ruido de su pesada arquilla que conducía á sus habitaciones: oía al caballero murmurar algunos monosílabos rudos, y después, encerrarse en su alcoba: entonces un torrente de lágrimas salía de los ojos de la infeliz mujer, pronunciaba con angustia el nombre de Duvernet, y suplicaba á la Providencia que pusiese fin á sus dolores. Cierta día, un joven de buena familia que había perdido al juego toda su fortuna, se levantó la tapa de los sesos en el salón mismo donde estaba la banca del caballero. Su sangre y sus sesos cayeron sobre los jugadores que se alejaron con espanto: únicamente el caballero Ménars conservó su impassibilidad y preguntó si se acostumbraba dejar la banca antes de la hora ordinaria cuando había un loco que no supiera conducirse en el juego.

Este suicidio causó mucha sensación: los más determinados jugadores se indignaron de la conducta del caballero: todo el mundo se rebeló contra él. La policía hizo cerrar su banca: se le acusó de supercherías en el juego, y su extraordinaria buena suerte daba muchos visos de verdad á esta acu-

sación. No pudo justificarse, y la multa considerable que se le impuso, le arrebató parte de su fortuna. Vióse insultado, despreciado, y se refugió en los brazos de su mujer, hacia la cual había tenido tan poco miramiento. Angela, al ver el arrepentimiento de su marido, osó todavía concebir la esperanza de que renunciaría á su fatal pasión del juego.

El caballero salió con ella de París y pasó á Génova, lugar del nacimiento de su esposa. Allí vivió bastante retirado durante algún tiempo. Pero en vano trató de gozar el reposo doméstico que podía hallar cerca de su mujer: su pasión se reanimó y le sumergió en una agitación incesante: su mala fama le había seguido de París á Génova, y no osaba establecer una banca, por muchos deseos que de ello tuviera.

Por aquel tiempo un coronel francés, obligado por sus heridas á dejar el servicio de las armas, tenía la más rica banca de Génova. Impulsado por un sentimiento de odio y envidia, acudió allá el caballero, con esperanza de triunfar de su rival, en fuerza de su acostumbrada buena suerte. El coronel le recibió con una alegría que

no le era habitual, y dijo que el juego iba á ofrecer nuevo interés, puesto que el caballero de Ménars se presentaba allí con su buena estrella.

En efecto, desde las primeras tallas el caballero ganó, según costumbre; pero cuando, fiado en su dicha invariable, exclamó: “Va por la banca,” perdió de un solo golpe una suma considerable.

El coronel, que de ordinario parecía muy indiferente á las ganancias y á las pérdidas, se apoderó del oro del caballero con las señales más vivas de alegría. Desde este momento la fortuna abandonó completamente al esposo de Angela. Jugaba todas las noches, y todas las noches perdía, hasta que, al fin, se halló reducido á una suma de 2,000 ducados en papel.

Había andado todo el día para convertir este papel en dinero contante y no había vuelto á su casa sino en la tarde. A la entrada de la noche colocó su oro en el bolsillo, y se disponía á partir cuando Angela, que presentía su desdicha, le salió al encuentro, se arrodilló á sus pies, y, llorando le suplicó por la Virgen Santísima y los santos que no la dejase en la miseria.

El caballero la alzó, la estrechó contra su pecho y le dijo con voz sombría: “Angela, mi muy amada Angela, no puedo obrar de otro modo; es necesario que ceda al poder que me subyuga; pero mañana . . . mañana, mañana todas tus angustias cesarán, porque, te lo juro por la Providencia Divina que vela sobre nosotros, hoy juego por la última vez. Tranquilízate, querida mía; duerme, sueña una vida mejor: esto me traerá buena suerte.”

Diciendo estas palabras, abrazó á su mujer y corrió á la banca.

Dos jugadas, y el caballero había perdido todo completamente. Permaneció inmóvil cerca del coronel, con los ojos fijos en la mesa, y en una especie de enajenación mental.

—¿No apuntáis ya, caballero? le dijo el coronel mezclando las cartas para una nueva jugada.

—Lo he perdido todo, contestó el caballero esforzándose en aparentar calma.

—¿Nada, pues, tenéis? replicó el coronel á la jugada siguiente.

—Soy un mendigo, exclamó el caballero con la voz trémula de cólera, y las miradas

fijas siempre en la mesa del juego, no advirtiendo que los puntos ganaban más y más sobre el banquero. El coronel continuó tranquilamente su partida.

—Tenéis una linda mujer, dijo en voz baja al caballero, sin mirarle y mezclando de nuevo las cartas.

—¿Qué queréis decir con eso? exclamó precipitadamente el caballero. El coronel siguió jugando sin contestar.

—¡Diez mil ducados por Angela! continuó, volviéndose á medias, en tanto que daba á alzar las cartas.

—¡Estáis loco! exclamó el caballero, que, recobrando su sangre fría, notaba que el coronel iba perdiendo cada vez más.

—¡Veinte mil ducados contra Angela! dijo el coronel en voz baja, suspendiendo un instante el juego.

El caballero se calló, el coronel continuó su juego, y casi todas las cartas favorecían á los jugadores.

—“Va, pues,” dijo el caballero al coronel cuando comenzó el otro juego; y puso la dama sobre la mesa.

Al primer golpe había perdido la dama. El caballero se echó hacia atrás rechinan-

do los dientes, y se aproximó á la ventana con la muerte pintada en el rostro.

El juego había terminado. El coronel se acercó á Ménars y le dijo con irónico acento: “Y bien ¿qué vamos á hacer?”

—¡Ah! exclamó el caballero fuera de sí, me habéis reducido á la mendicidad; pero sería menester que estuvieseis loco para figuraros que podeis ganarme mi mujer. ¿Estamos acaso en algún país salvaje, y es alguna esclava mi esposa para que sea entregada al capricho de un hombre que pueda jugarla y venderla? Es cierto sin embargo, que debíais contarme veinte mil ducados si la dama hubiese ganado, y, por lo mismo, ya no tengo yo derecho sobre mi mujer si ella consiente en abandonarme y seguiros. Venid conmigo, y desesperad si os rechaza con horror y rehusa convertirse en vuestra querida.

—Desesperad vos, caballero, si Angela rechaza con indignación á vos, que habéis labrado su desdicha, y si se acoge con delicia á mis brazos. Desesperad vos cuando sepáis que nuestros votos se han cumplido y que la Iglesia ha bendecido nuestra unión. ¡Me llamáis insensato!.... ¡Oh! yo

quería tan sólo ganar el derecho de pretender la mano de vuestra esposa: su corazón me pertenecía. Sabed que Angela y yo nos amamos con amor indecible; sabed que yo soy aquel Duvernet criado con Angela, unido á ella por los vínculos del corazón; aquel Duvernet á quien habéis arrojado de la casa por medio de vuestros diabólicos artificios. Cuando partí, Angela conoció lo que yo valía; todo lo sé; era ya demasiado tarde. Un demonio fatal me inspiró la idea de recurrir al juego para perderos: os he seguido á Génova y lo he conseguido. Vamos á ver á vuestra esposa.”

El caballero permaneció anonadado y como herido de un rayo. El secreto que se le había ocultado, se revelaba á su vista, y comprendió toda la extensión de los dolores acumulados en el corazón de la pobre Angela.

—Angela decidirá, dijo con voz sorda, y siguió al coronel. Al llegar á la casa, éste se apoderó del cordón de la campanilla; el caballero le detuvo y le dijo: Mi esposa duerme: ¿queréis turbar su dulce sueño?

—¡Hum! contestó el coronel. ¿Angela ha gozado, por ventura, de un sueño tran-

quilo desde que la habéis precipitado en el infortunio?

Diciendo estas palabras, se adelantó hacia la alcoba de la joven esposa. El caballero se echó á sus pies y le dijo con desesperación: “Tened piedad: habeis hecho de mí un mendigo; dejadme mi mujer.”

—Así era como el anciano Vertua estaba ante vos, sér desnaturalizado, y no podía enternecer vuestro corazón de piedra. ¡Que la venganza del cielo caiga sobre vos!

El coronel siguió caminando hacia la alcoba de Angela.

El caballero se lanzó hacia la puerta, la abrió, se arrojó sobre el lecho en que dormía su esposa, é hizo á un lado con presteza las cortinas, exclamando: “¡Angela, Angela!” En seguida se inclinó hacia ella, le tomó las manos, y, todo tembloroso, murmuró con acento terrible: “¡Mirad: habéis ganado el cadáver de mi esposa!”

El coronel se acercó al lecho con espanto. . . . ¡Ni una señal de vida! ¡Angela estaba muerta!

El coronel alzó sus manos al cielo, lanzó un profundo suspiro, y desapareció. Nunca se volvió á oír hablar de él.”

Cuando el extranjero terminó su narración, dejó el banco en que estaba sentado, sin que el barón, vivamente conmovido, pudiera dirigirle una sola palabra.

Pocos días después, el extranjero tuvo un ataque de apoplejía y murió á las dos horas. Súpose que este hombre, que había tomado el nombre de Beudasson, era el desdichado caballero de Ménars.

El barón dió gracias al cielo de que le hubiese enviado en el momento en que se aproximaba al abismo, una mano que le salvara, y prometió resistir en adelante las seducciones engañosas del juego.

Hasta hoy, ha cumplido fielmente su palabra.



MAESE MARTIN

Y

SUS OBREROS,

POR HOFFMANN.
